



Dibujo del arquitecto R. Fernández Baíllos.

El "camouflage" en la arquitectura

La arquitectura alemana actual ofrece una variedad grandísima, tal vez una variedad algo enfermiza, de organismo que ha sufrido fuertes convulsiones y que se mueve de una manera desordenada, tratando de volver a hallar su verdadero camino.

En todas las manifestaciones intelectuales se observa un deseo de desprenderse de las normas anteriores y volar en otras direcciones, ensayando nuevas técnicas y nuevas estéticas; ello puede ser el reflejo del proceso psicológico que ha sufrido el pueblo alemán viendo derrumbarse los ídolos que había adorado y encontrándose en un estado social que nunca hubiera imaginado.

Y este pueblo de hombres de acción sabe que puede realizarlo todo, aunque instintivamente, si quiere dar a su obra un aliento de vida, piensa en lo que hicieron otros hombres menos energicos, menos constructores, pero más contemplativos. Y por eso se ve flotar sobre el Parlamento de Berlín la sombra del palacio de Monterrey, y la Gran Sala de Espectáculos (*Grosses Schauspielhaus*), de Poelzig, nos recuerda algún palacio asiático.

El Oriente, en especial, ejerce sobre las nuevas tendencias una gran influencia, que se manifiesta en los edificios, las telas, los libros, las joyas, y se extiende hasta la literatura.

Pero no vamos a hablar ahora de las influencias orientales, sino de otra muy occidental, una influencia de la guerra.

Entre los ardides y astucias de ella apareció el *camouflage*..., y se vieron los barcos, cañones, parapetos (y hay quien pensó hasta en los caballos) cubiertos de líneas de distintos colores y superficies geométricas de formas complicadas, que daban la sensación de signos cabalísticos de algún rito nuevo; pero que tenían una misión mucho más humana: la de despistar al enemigo.

Y aunque parezca que una superficie pintada con fantásticos colores de siluetas inverosímiles habría de llamar la atención, muy al contrario: en cuanto el observador se alejaba un poco, esta superficie se confundía con el espacio circundante y acababa por pasar inadvertida. He aquí una idea.

Vino luego la paz, y como pasa con todas las ideas, tuvo que realizarse en Alemania.

Entonces el arquitecto Taut, hombre inteligente y decidido (que con Poelzig está a la vanguardia de la arquitectura alemana), no se olvidó del *camouflage*; un día fué nombrado arquitecto municipal de Magdeburgo, y entonces llegó la ocasión de realizar.

Magdeburgo es una ciudad negra, industrial y con poco carácter. El Elba, que pasa por Dresde plácido y limpio, al cruzar Magdeburgo toma ya un tono sucio y triste, de río que ha de tragarse los residuos de muchas fábricas. Se comprende pues, que la máxima aspiración de Magdeburgo sea tener color y que la llamen *Die bunte Stadt* (la ciudad policroma).

Bajo la dirección de Taut se han pintado muchas cosas en Magdeburgo; bien es verdad que es un procedimiento barato, y, sobre todo, rápido para que la ciudad merezca el título tan deseado.

En una de las calles principales hay un enorme caserón de estilo neoclásico que ha sido policromado. Los colores enteros, azul, rojo, amarillo, pero aplicados siempre siguiendo la estructura (es decir, la cornisa de un color, las columnas de otro, enjutas de otro, etc.), son colores brillantes que dan la sensación de hule o de cerámica. Se nos dirá que esto no es *camouflage*; concedido, pero ya vamos llegando.

Cerca de esta casa hay otra de estilo barroco con mucho carácter, y esta vez el policromado nos parece un gran acierto, pues toma como base los retablos rurales de la época, con sus colores ingenuos, pero que dan un matiz más a la arquitectura.

Luego hay otras casas sin estilo ninguno, sin pretensiones arquitectónicas, que han sido *camoufladas* radicalmente. La fachada, desde la cornisa hasta la acera, está pintada de distintos colores (blanco, rojo, azul, amarillo, verde), siguiendo los preceptos del arte, y, por tanto, no respetando molduras y mucho menos enmarcando los huecos; los distintos colores están separados entre sí por una línea gruesa (blanca o negra) que hace más precisas las siluetas.

Parecería natural que dieran una sensación de algarabía e intranquilidad; pero no: la sensación es de reposo, y más aún, de ausencia de sensación; los huecos, que de ser una fachada monocroma nos angustiarían con su monotonía y dureza, se pierden en virtud de las figuras caprichosas y los tonos distintos que se cortan en todas direcciones; como no dan líneas de referencia, no hay manera de establecer una ley, se rompe la sensación de repetición y desaparece el conjunto.

Es, pues, a nuestro modo de ver, el *camouflage* un nihilismo artístico; una ciudad que estuviera *camouflada* completamente perdería la forma, por la infinidad de tonos en que ninguno predomina; no tendría un tono determinado, y acabaría por desaparecer para el observador.

Pero vamos ahora a ocuparnos de un ejemplo curioso que presenta distintas

modalidades. En la desembocadura de la Breitestrasse, en la plaza del Káiser Guillermo, hay un reloj con soporte de planta cuadrada; pero la Breitestrasse es una calle de mucho movimiento, mientras que la plaza es tranquila: hay un teatro neoclásico de formas sencillas y el tráfico es menor.

Si miramos desde esta plaza la Breitestrasse, tenemos, en primer término, el reloj, que nos presenta dos de las caras del soporte; éstas están pintadas en *camouflage* puro, policromo, que conviene al paisaje heterogéneo que se ve detrás del reloj. Ahora bien: si miramos desde la Breitestrasse hacia la plaza, el reloj nos presenta sus otras dos caras que se destacan sobre el fondo provinciano de la plaza y del teatro; estas dos caras están pintadas de un gris plomizo, que ponen en seguida al reloj en ambiente con el fondo. Esto ya son matices de color y de psicología; ya cabe aquí todo un arte al poner de acuerdo unos objetos con otros; pero hay que hacer notar que siempre la tendencia es de aniquilar la forma confundiéndola con el espacio circundante.

Entonces nos acomete una pregunta angustiosa: ¿Por qué querrá Taut *borrar* a Magdeburgo? Si esto fuera verdad, seríamos muy desgraciados y no nos quedaría otro remedio que contemplar largamente un trozo de terciopelo amarillo, que, según Oscar Wilde, era lo único que curaba todas las tormentas del ánimo.

LUIS LACASA,
Arquitecto.



Puerta en La Caveda (Santander).